

Latinidad y americanismo

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

PARÍS le esperaba. En medio de las preocupaciones de la guerra, se preparaba para recibir a este glorioso hijo del lejano Uruguay con honores iguales a su mérito. La Academia lo habría recibido entre sus inmortales; el Senado y la Cámara le habrían tributado un homenaje en nombre de Francia; la Sorbona habría oído su palabra rica de fé y de poesía; los amigos y admiradores le habrían festejado, proclamándole por unánime consentimiento, el discípulo elegido de Renan, el digno heredero de la antorcha de su pensamiento. Pero él tardaba en llegar

y murió entre nosotros, en Palermo, el 1º de mayo de 1917, silenciosamente, como había vivido; apóstol del ideal, peregrino de la ilusión. La noticia de su prematuro fin, apenas si halló un lugarcito en nuestros grandes cotidianos. Fué olvido el nuestro y grave ciertamente, pero no fué culpa. Nuestro corazón en aquella negra primavera era demasiado presa de la angustiosa duda sobre nuestra suerte, que se delineaba, teñida en sangre, cerca de nuestras fronteras y parecía precipitar, de un momento a otro, en un bien o en un mal sin límites, confiada al sacrificio de un pueblo entero que quería, quería, quería a toda costa salir de la opresión con la frente irradiada por el triunfo. Pero hoy, si siguiéramos olvidando, pecaríamos de indiferencia y de injusticia. Porque, además del interés que el hombre altamente representativo de cada país del mundo despierta en todos aquellos cuya vida no se reduce solamente a satisfacer necesidades materiales, para nosotros, los italianos, particularmente querido debe ser este escritor en cuyas páginas hallamos todo el genio de nuestra civilización y cuyo canto de cisne fué aquel con el cual glorificó las bellezas de nuestras ciudades, nuestros seculares recuerdos y nuestras nuevas esperanzas de las que lanzó toda la poesía, todas las intensas vibraciones alternadas de llanto y de alegría a través del océano en las correspondencias por él enviadas a *Caras y Caretas*, a fin de que su pequeña, joven patria latina conociese y venerase la antigua progenitora, la Roma eterna del Carmen secular de Horacio.

Alguien, lamentando la muerte de José E. Rodó, pensó que «no siendo en Atenas, debía morir....en París, después de los festejos en su honor en el centro de la cultura latina». No! Aquel que condenando, como veremos, la moderna civilización norteamericana por su mezquino utilitarismo y comparándola con la tradición clásica escribió: «es difícil que el extranjero, que desde alta mar divisa su gigantesco símbolo, la Libertad de Bartholdi, que levanta triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, sienta despertarse en el alma la emoción pro-

civilización latina y con el esplendor musulmán, unificando en incomparable armonía sus caracteres y sus recuerdos. Lo cierto es que en su obra y en su arte hallamos la gracia de Platón, el calor de Cicerón, la radiante imaginación oriental, además de la universalidad cristiana del Amor.

La importancia literaria y filosófica de Rodó está, sobre todo, en haber señalado claramente a los jóvenes de su generación, los caminos que debían seguir y los ideales que debían perseguir a fin de que las nuevas repúblicas de las cuales son la esperanza y el porvenir, lleguen a adquirir la importancia y la consideración que se les debe en el gran comercio mundial, en la acepción más lata de la palabra; política y literariamente, como contribución científica y resultado económico.

La *Revista nacional de Literatura y Ciencias sociales* que fundó con los hermanos Vigil y Víctor Pérez Petit, tuvo una eficacia grande, indiscutible no solamente sobre las riberas del Río de la Plata, sino en todo el continente americano. Las múltiples ediciones de sus obras, *La vida nueva* (1897), *Ariel* (1900), *Liberalismo y Jacobinismo* (1906), *Motivos de Proteo* (1909) y el *Mirador de Próspero* (1913) agigantaron su fama. Poco antes de morir, a un periodista argentino que lo entrevistaba, declaró: «Nosotros queremos una literatura que sea una fuerza positiva en la formación de una conciencia americana y que abrace la complejidad de los intereses materiales y morales de nuestra cultura. Yo acaricio este ideal de americanismo desde mis primeros trabajos».

Para poder mirar con fé el porvenir, se necesitaba un hombre de indómita fé, la palabra de un alma titánica que fuera toda una llama de amor y una luz de esperanza para la patria; José Enrique Rodó fué el hombre señalado por el destino. Habló a los jóvenes con llaneza, píamente, con la sonrisa y con la palabra fácil, para que fácil les pareciera la ardua empresa. Su *americanismo* es, pues, fe; es voluntad de progreso, es renovación, significa el aspecto práctico de su lema idealista: renovarse. En la renovación Rodó buscaba la vida; *renovarse es vivir* como

Cartago, agosto 6 de 1924

Señor

Don Joaquín García Monge

San José

Muy apreciado señor:

Son tan contadas las veces que, hablando de Italia, se han emitido juicios serenos, libres de preconcepciones nacidos de antipatías o antagonismos raciales o políticos, que la publicación por Ud. hecha, en los números 19 y 20 del REPERTORIO AMERICANO, de los artículos La política italo-americana y La Nave Italia me ha sorprendido agradablemente y me obliga a enviarle, como italiano, mis más vivos agradecimientos. Remítome también la traducción de un artículo sobre José E. Rodó, hecha a la carrera y por lo tanto imperfecta, que espero sin embargo, le servirá para imponerse de la importancia que nuestros escritores atribuyen a la obra del más representativo de los intelectuales latino-americanos. A la intelectualidad italiana, cuya nueva orientación se debe en gran parte al movimiento filosófico iniciado por Benedetto Croce, Vittorio Pareto, Gentile, Papini etc., no podía dejar de admirar la afinidad tan profunda que existe entre el pensamiento de éstos y el del grande uruguayo.

De Ud. muy atento S. S.,

ANTONIO ZANETTI

funda y religiosa con que el antiguo viajero debía mirar en las noches diáfanas del Atica, el resplandor que la lanza de oro de la Atenea del Acrópolis dejaba advertir a distancia en la pureza de aquel ambiente sereno»; aquel que esto escribió, no habiendo muerto en Atenas, debía morir en Italia, en la tierra que más lo ha seducido. En vano buscó París atraerlo con sus fascinaciones. No pudo vencerlo la lisonja de la celebridad que la gran metrópoli le decretaba. Siempre dilatada: presagio tal vez de su fin, quiso encontrarlo en la bella isla donde la belleza griega se había juntado con la